

## **Abril de 2016 – Canadá**

### **Espiritualidad – Providencia**

Mis queridas-os amigas-os:

Que la gracia de nuestro Señor, la bendición de su Madre y la protección de San José estén siempre con ustedes. Al comenzar nuestra reflexión sobre la Divina Providencia, es esencial centrarnos en nuestro interior y sostener nuestra espiritualidad en la idea de que no estamos buscando respuestas, sino al Dios viviente. Si bien Dios ya nos ha encontrado, nosotras-os seguimos buscando su sagrada presencia en nuestro interior y respondemos a ella con autenticidad y sinceridad.

Luego del tumulto de la Revolución Francesa, resurgió la idea de la Providencia entre los católicos de Francia. Varios institutos religiosos tomaron el nombre de la Providencia (las Hermanas de Ruillé en 1806, las Hermanas de Pommeraye en 1816...). Estas congregaciones trabajaron en establecimientos educativos y de atención a la salud y se pusieron bajo patrocinio de la Providencia, dando así un testimonio de fe en la intervención de Dios en los asuntos humanos.

Mis relaciones con la Providencia comenzaron mucho antes de convertirme en sacerdote. Conocí la Providencia a través de mis padres y de las personas cercanas a mí en la fe. Algunas de estas personas arriesgaron sus vidas durante la Revolución Francesa. A través de estas personas llenas de fe, llegué a comprender que la confianza en la Providencia proviene y es parte integral de nuestra fe en Dios.

Además de las personas presentes en mis primeros años de vida, la Providencia me concedió también el don de la presencia del P. Mollevaut, quien durante más de 30 años labró con paciencia y perseverancia el suelo de mi vida de fe. Lo conocí cuando yo era un joven sacerdote, en La Solitude de Saint Sulpice (Issy, París) donde el P. Mollevaut era superior. Él se convirtió en mi mentor y guía espiritual, y era amable y compasivo conmigo, aun con toda su honestidad y franqueza.

Él tenía una percepción muy aguda y se dio cuenta pronto de mi tendencia a la penitencia excesiva, ayudándome a equilibrarla y humanizarla mediante una adherencia a Cristo y a sus enseñanzas, y una participación en sus misterios. Él también trabajó firmemente para moderar mi tendencia a dejarme llevar por el entusiasmo. Y es que, cuando yo veía la extrema carencia de sacerdotes en el campo, quería ser pastor. Cuando meditaba sobre las vidas del padre del desierto, quería convertirme en monje trapense. Cuando leía sobre las extensas tierras aún por evangelizar, quería unirme a la misión extranjera. Respuesta del P. Mollevaut: *Dios te ha llamado a tus responsabilidades actuales y debes proseguir con ellas hasta que Dios te llame a otro lado.*

Hay tres puntos que quisiera compartir con ustedes en nuestra conversación. Estos son: Confianza en la Providencia, Abandono a la Providencia y Cooperación con la Providencia.

## **Confianza en la Providencia**

No me había dado cuenta, hasta hace poco cuando Mary Kay lo mencionó, de que “Providencia” es la palabra que más se repite en mis Cartas Circulares.

Desde un inicio mi convicción en la Providencia era tan fuerte que siempre vi a Santa Cruz como obra de Dios, obra en la que yo era solo un simple instrumento. Escribí esto en 1840, cuando apenas comenzaba esta obra:

“Estoy convencido de la Providencia, que en el pasado ha hecho todo lo necesario para el desarrollo y la perfección de su obra, seguirá derramando sobre ella sus bendiciones más abundantes”. (Carta Circular, 1 de enero de 1840).

Y nuevamente en 1841:

“He sido tan solo un **simple instrumento** que el Señor pronto quebrará para sustituirlo por otros más valiosos. En su plan, estos instrumentos existen para desarrollar o al menos consolidar lo que yo he iniciado. En medio de los pruebas más dolorosas nunca he perdido mi esperanza en la Providencia o en su fidelidad a la sublime vocación que Dios les ha concedido”. (Carta Circular, 1 de septiembre de 1841)

Tenía tanta confianza en la Providencia que llegue a predicar esto en un sermón, en 1845:

“Si existe un Dios, entonces la Providencia también existe. Dios ve el movimiento de nuestros músculos, la circulación de nuestra sangre, las ideas de nuestra mente y el latir de nuestros corazones.... La Providencia conoce el número de cabellos en nuestras cabezas y ninguno de ellos cae sin su permiso. La Providencia conoce la necesidad de las pequeñas aves que abren sus picos buscando alimento, conoce nuestras esperanzas y deseos. La Providencia alimenta, abriga. La Providencia es nuestro Dios, nuestro Padre y nosotras-os somos sus hijos-as. ¿Puede la Providencia olvidarse de nosotras-os y abandonarnos a nuestra suerte? No, nos responde, incluso si una madre, por improbable que esto sea, puede olvidar a su hijo o hija, Yo nunca los olvidaré”.

Trece años después, recordé esto a los miembros:

“Si hubiese podido prever la evolución de la Congregación de Santa Cruz desde sus inicios, podrían entonces haber regulado y coordinado todo de antemano. Sin embargo, si tal fuese el caso, esta Congregación habría sido únicamente una combinación de factores humanos y no obra de la **Providencia**. Lo cierto es que esta congregación comenzó y evolucionó de una forma tan misteriosa que no puedo atribuirme ningún crédito por su fundación ni mérito alguno por su progreso. Ahí yace la prueba indudable de que solo Dios es su autor, ya que, según San Agustín, ‘cuando no podemos encontrar la causa de una buena obra, debemos reconocer que el Señor está en su origen y es su autor’” (Carta Circular, 13 de abril de 1858)

Para fomentar la confianza en la Providencia entre los miembros, yo los alentaba continuamente a ver la mano de la Providencia en todos los eventos:

“Considerando los graves eventos que están sucediendo en París, considero mi deber aconsejarles que se mantengan serenos y fieles a sus obediencias hasta no recibir más noticias, no se involucren en asuntos que no tienen relación con su vocación y estén siempre convencidos-as de que Dios **actuará por el bien de quienes lo aman**”.

(Carta Circular, 24 de febrero de 1848)

“*Lo que debe alentar nuestra valor y elevarnos por encima de terribles preocupaciones es que la **providencia paternal**, aun con sus rigores, preside sobre todos los eventos y los conduce a desenlaces meritorios*”.

(Carta Circular, 12 de abril de 1848)

## 2. Abandono a la Providencia

Por encima y más allá de la confianza en la Providencia, queridas-os amigos-as, también hice énfasis en la práctica del *abandono* a la Providencia. Esta es una espiritualidad inspirada por San Francisco de Sales y San Ignacio.

La práctica del *abandono* o *santa indiferencia* significa obedecer no solo la voluntad expresa de Dios, es decir, los mandamientos, los consejos evangélicos, las tareas propias de nuestro estado de vida y las directivas de la autoridad legítima, sino también obedecer la *voluntad de beneplácito de Dios*, expresada concretamente a través de eventos imprevistos, altibajos de la vida cotidiana, decepciones, sufrimiento, muerte y, expresada en la vida espiritual, a través del fervor y la aridez.

En 1863 escribí sobre esta práctica en mis cartas y meditaciones:

“Oh, qué dulce es abandonarnos al amor de nuestro Padre que está en el cielo y buscar su santa voluntad... Su voluntad en este asunto no deja lugar a dudas. La Congregación de Santa Cruz es obra de Dios y ya que Él no ha permitido su ruina, a pesar de los numerosos y terribles ataques del enemigo de todo lo bueno, Dios desea que continúe existiendo e incluso que se desarrolle en mayores proporciones” (Carta Circular, 1 de enero de 1863)

Compartí esta oración en una de mis meditaciones:

“¿Quién me concederá, Oh mi Salvador... volverme por fin **indiferente** a todo lo que pides de mí, completamente abandonado a tu Providencia, sin otra preocupación que hacerlo todo por tu santa voluntad y servirte fielmente hasta mi último aliento?

(Meditación, Sometimiento de Jesús a las Condiciones de la Infancia)

“Los santos descubrieron la voluntad invisible de Dios en los eventos visibles. Ellos realizaron todo lo que se les pidió con miras a su victoria y mérito. ¿Dónde se encuentran ustedes en relación a este estado de abandono al beneplácito de la Providencia? Examínense en este sentido y tomen la resolución, de ahora en adelante, de abandonarse a lo que Dios pedirá de ustedes”.

(Meditación, Regreso de la Sagrada Familia a Judea)

Además de escribir y hablar de este abandono, debo decirles honestamente que mi abandono a la Providencia se puso especialmente bajo prueba durante un episodio de la vida de la Congregación. Poco después de que el administrador de la casa en París produjera una grave crisis financiera que casi acaba con la Congregación, recibí de la Srta. Dubignon una herencia que, por sí sola, habría bastado para cancelar la deuda. Esta herencia fue impugnada por un heredero y quedó sujeta a un largo proceso judicial. Luché intensamente para practicar la prudencia y la justicia en este asunto, con una gran confianza en Dios. Esto me exigió un

abandono extraordinario a la Providencia. Además, mantuve a la congregación informada regularmente sobre el progreso de este tema.<sup>1</sup>

“Estoy seguro de que están ansiosos-as por saber sobre el juicio ante el tribunal de Laval... Este no me preocupa en lo más mínimo porque tengo confianza en la justicia de mi causa, en la imparcialidad de los jueces y en la buena voluntad de la Providencia...” (Carta Circular, 1 de enero de 1858)

“He presentado la apelación de mi caso ante la corte de Anger y este se dirimirá el 2 de febrero. Si este caso se pierde, se podría contribuir a sentar un precedente lamentable para las comunidades religiosas, haciendo imposible heredar algo a un-a religioso-a o incluso a un sacerdote. Por tanto, dispongo se realicen las siguientes oraciones a la divina voluntad ahora que afrontamos esta grave circunstancia... (Carta Circular, 24 de enero de 1859)

Dos años después el juicio seguía en suspenso. Seguí pidiendo que orasen para que se realizara la voluntad de Dios (Carta Circular, abril de 1861). Finalmente la corte de Angers pronunció su decisión, la que compartí con los miembros:

“Finalmente conozco la voluntad de Dios en cuando a mi apelación frente al veredicto de la Corte de Angers. Aunque no es lo que me hubiese gustado, y para decirlo naturalmente, sigo adorando esta voluntad, la bendigo y les ruego no se entristezcan por esta nueva prueba. Al privarme de una considerable suma de dinero, dinero que de ninguna forma busqué, esta nueva decisión me hace más desapegado de las cosas terrenales y nos da a todos-as una nueva oportunidad de sufrir por amor a Cristo.... Indudablemente, habría estado muy feliz de ofrecer a la congregación una propiedad cuyo valor excede la deuda que la comunidad tiene que enfrentar tan injustamente. Esto habría removido de sus mentes una intimidante ansiedad por el futuro temporal de la Congregación de Santa Cruz.

Dios, sin embargo, ha tenido a bien privarnos de este consuelo con el fin de que **profundicemos nuestra confianza en él** y de obligarnos a **abandonarnos a su Providencia** en este asunto así como en el asunto de nuestra salvación eterna.  
(Carta Circular, 7 de junio de 1861)

*¿Pueden ver y comprender cómo este legado o donación podría haber cubierto con creces la deuda? ¿Comprenden que, por justicia, esta herencia me correspondía conforme al testamento de la benefactora? Aun así, la Providencia tuvo otros planes y Dios me ofreció otro legado como regalo, el abandono a su Providencia.*

“Debemos en primer lugar ‘buscar el reino del cielo y su justicia’ y entonces abandonarnos a la Providencia. Es por esa razón que les ruego se renueven en el espíritu de su vocación, que es el espíritu de pobreza, castidad y obediencia... Si tal es nuestra conducta, podemos confiar en la ayuda de la Providencia, y aunque todavía hay deudas considerables por pagar, la ayuda de Dios no nos faltará en nuestra hora de necesidad. La Providencia nunca deja de cubrir todas las

---

<sup>1</sup> Cf. Paul-Eugene Charbonneau, *Le saint abandon chez Paire Moreau* [El santo abandono en el Padre Moreau].

necesidades de quienes se abandonan a su guía al realizar sus tareas, incluso si esto implicase enviar ángeles para ayudarles... Oh, qué dulce es abandonarnos al amor de nuestro Padre que está en el cielo y buscar su santa voluntad”.

(Carta Circular 1 de enero de 1863)

Posteriormente, cuando la existencia de Santa Cruz estuvo seriamente amenazada, él escribió a la Madre María de los Siete Dolores:

“Si esto es verdad, y sin lugar a dudas lo es, esta prueba es el crisol donde Dios coloca a las almas que Él desea formar para el cielo, su crisol está fabricado con las enfermedades y muertes de sus hijas, y con las continuas contradicciones provenientes de América. ¿Cómo sería si a esto tuviésemos que añadir la destrucción de la obra a la que hemos dedicado nuestra vida, una empresa que debería contribuir a la gloria de Jesucristo y a la salvación de las almas? No hemos llegado aún a ese punto; pero incluso así, debemos resignarnos a beber este cáliz hasta la última gota. Sumerjémonos en esta divina voluntad y sigamos empleando todos los medios para escapar de las garras del diablo, aprendamos a abandonarnos al beneplácito de nuestro Padre en el cielo sin importar lo que esto pueda costar a nuestra pobre naturaleza”. (Carta, 3 de marzo de 1866).

### **3. Cooperación con la Providencia**

Mis queridas-os amigas-os, permítanme explicar con más detalle la virtud del santo abandono y de la cooperación con la Providencia.

El santo abandono, es decir el acto de amar y confiar en la bondad de Dios, no tiene nada que ver con un desapego descuidado de las cosas. No tiene nada que ver con dejar de responder a los asuntos de paz y justicia, a los problemas de guerra y violencia. Abandonarnos a Dios no implica descuidar lo que esté a nuestro alcance para corregir las injusticias cometidas contra nosotros-as mismas-os y contra otras personas, ni significa, tampoco, descuidarnos al procurar el éxito de las iniciativas que la Providencia de Dios nos ha confiado, ya que el Señor desea usarnos para realizar los planes que la Providencia ha puesto en nuestras manos.

“Si de verdad debemos buscar ‘el reino del cielo y su justicia por encima de todas las cosas’... Nuestra única ambición debe ser reunir a las hijas e hijos de Jesucristo a través de la educación cristiana o el ministerio apostólico. Por último, no debemos mostrar una ansiedad ofensiva para la divina Providencia, preocupándonos excesivamente por alimentos y vestido. Sin embargo, también es cierto que una **prudente previsión y un espíritu de trabajo y economía** son tareas sagradas e indispensables para todos y cada uno de los miembros de Notre-Dame de Sainte-Croix”. (Carta Circular, 5 de enero de 1844)

“Nuestra tarea en el presente es aprovechar todo aquello que pueda contribuir a realizar los designios de Dios en relación a nosotros-a y **ver en el presente** qué motivos tenemos para la esperanza o el miedo en el futuro”.

(Carta Circular, 4 de enero de 1845)

“A ustedes, a quienes Dios ha llamado a una de estas Asociaciones destinadas, en los designios de la Providencia, a realizar tanto bien, les ruego que hagan todo lo que esté en su poder para

expandir la obra de Santa Cruz y para difundirla usando todos los medios que el Cielo ponga a su alcance”.

(Carta Circular, 27 de junio de 1849)

*“Pero hay una condición que es esencial para el futuro de la Congregación de Santa Cruz, una condición sin la cual ni siquiera la Providencia actuaría: la cooperación de nuestra buena voluntad, la fidelidad de **corresponder** a la gracia de nuestra vocación”.*

(Carta Circular, 1 de enero de 1857)

La Confianza en la Providencia, el Abandono a la Providencia y la Cooperación con la Providencia son fundamentales para el desarrollo dinámico del carisma de Santa Cruz.

Un ejemplo que tenemos en las Sagradas Escrituras es la historia de José, el Patriarca en el libro del Génesis. Él fue vendido por sus hermanos y llevado a Egipto. Luego que una hambruna se desatase en las tierras de su familia, esta tuvo que viajar a Egipto a pedir ayuda. Ellos se presentaron, sin saberlo, ante su hermano José. Luego de conversar y de que José revelase su identidad, él les dice: Dios quiso convertir el daño en bien. (Génesis 50, 20) Al igual que José, puedo decir que al final de mi vida algunas personas querían dañarme, rechazarme, y Dios quiso convertir el daño en bien, para que se consiguiesen los objetivos de Dios y el enriquecimiento y salvación de muchas almas.

En cada una de sus vidas también, de forma misteriosa pero poderosa, Dios puede llevar situaciones complicadas y confusas de la vida, e incluso las traiciones, hacia una abundancia de, incluso para con los enemigos y las personas a quienes no les importamos.

Hay un plan divino y providencial que alcanza la profundidades de sus existencias y que a veces pueden incluso vislumbrar claramente, aunque de manera fugaz. Otras veces lo pueden intuir en oración, sin embargo, lo vean o no, este plan siempre los está dirigiendo y guiando.

La oración los sumergirá en lo profundo de su interior, ahí donde Dios habita, donde se revelan sueños escondidos, donde lo mejor que hay en ustedes mismos cobra fortaleza interior. Ahí verán su paz y fortaleza renovadas, y una profunda convicción de que la misteriosa, aunque muy real, Providencia de Dios está tomando un control aún más efectivo de sus vidas. Irán adquiriendo cada vez más serenidad, incluso cuando se enfrenten a problemas, decepciones, traiciones y altibajos propios de la vida cotidiana. Las palabras de José se vuelven suyas: Dios quiso convertir el daño en bien. Las palabras de Jesús se encarnan en la vida de Santa Cruz: La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular. (Sal 118:22-23)

Hoy, tal como en los inicios, estamos llamadas-os a sumergirnos en aquellas preguntas que impregnan nuestras vidas, a vivir nuestras dudas e interrogantes en una expectante esperanza. Tenemos esta esperanza porque estamos arraigados en las raíces providenciales de nuestro carisma mientras aguardamos por el Señor que nos ha llamado y es fiel. (1 Cor.1:9).

Les deseo que alcancen una paz interior y una serenidad cada vez mayor frente a problemas, decepciones e incluso traiciones. Tal como podemos escuchar en este tiempo de Pascua: Yo nunca los abandonaré, la Paz soy yo. No teman.

Pongo mis manos en las suyas y los tengo siempre en mi corazón en tanto permanezco cariñosa y profundamente unido a ustedes en Jesús, María y José.

P. Basilio Moreau

Mary Kay Kinberger, MSC  
Congreso CSC  
15 – 16 de abril de 2016